

3. RESEÑAS

Bolívares en disputa

BOLIVARS IN DISPUTE

*Simón Bolívar y la Carta de Jamaica: significantes en disputa en la
Venezuela contemporánea*

Bernardo Subercaseaux

Santiago, LOM, 2016

Es claro que el proceso contemporáneo venezolano, particularmente en las derivas que ha tomado después de la muerte de Hugo Chávez, produce incansables debates en los estudios latinoamericanos. En particular, entre quienes buscan posicionarse de manera crítica ante el orden neoliberal asumiendo que puede resultar tan torpe la celebración acrítica del proceso contemporáneo como la crítica que pueda ser cómplice de los intereses de la oligarquía venezolana o del neocolonialismo estadounidense. Es por ello que los debates no se limitan a estar a favor o en contra del gobierno de Maduro, ya que también resulta urgente la pregunta por cómo elaborar esa posición, más allá de la simple dicotomía entre la aprobación o el rechazo.

La siempre difícil elaboración de tales posiciones no solo ha pasado por disquisiciones académicas, sino también por intervenciones colectivas. A modo de ejemplo, podemos recordar que hace algunos meses ha circulado una carta, firmada por autoproclamados intelectuales de izquierda y ciudadanos tales como Beatriz Sarlo, Boaventura Sousa Santos, Catherine Walsh y Walter Mignolo, en la que se critica la polarización en Venezuela. La misiva ha sido reprobada sin titubeos, entre otros, por Enrique Dussel.

Parte de tales debates pasan, en efecto, por el intento de eludir la posición binaria entre una crítica liberal y una defensa autoritaria, los cuales habrán de pasar, también, por dirimir si unas u otras posiciones colectivas han logrado esa difícil tarea y por las posiciones disciplinarias y epistemológicas que podrían avanzar desde allí. Es en esa dirección que puede resultar interesante pensar qué rol ha de tener la historia de las ideas en ese y otros debates sobre el presente y futuro de los gobiernos de izquierda en la región.

El pequeño e informado libro sobre Bolívar de Bernardo Subercaseaux –autor de algunos de los estudios más sistemáticos de la historia de las ideas en Chile, como lo grafican los cuatro volúmenes de su *Historia de las ideas y de la cultura en Chile* (2010)– resulta de interés también en esa perspectiva. Al historizar la figura de Simón Bolívar, Subercaseaux no parte de la tradicional mirada monumental de Bolívar, esa que por ejemplo aparece en Neruda (69) bajo la forma del “padre nuestro”. Antes bien, se detiene en las luchas por la construcción retrospectiva de unos y otros cultos a un padre algo fantasmático, dando a entender que la insistencia contemporánea por el nombre de Bolívar en el chavismo es parte de una larga disputa por la construcción y apropiación de su figura. En unas y otras representaciones, de acuerdo con lo que intentaremos mostrar, se reelaboran antiguos síntomas cuyo reconocimiento puede ser necesario para poder pensar un proceso de democratización no del todo liberal.

Hace algunas décadas, en efecto, Subercaseaux apuntaba que debía desplegarse cierto paradigma de la apropiación, por sobre la tradicional figura pasiva de la recepción, que permitiese pensar, por ejemplo, el marxismo latinoamericano más que el marxismo en Latinoamérica (“La apropiación” 231), y puede que esa mirada sea necesaria para pensar también las presentes las tensiones entre el ideario republicano moderno y las ideas bolivarianas. Estos productivos deslices abren la posibilidad de pensar a Bolívar de más de una forma. La portada del libro, de hecho, muestra las distintas imágenes que circulan sobre Bolívar. Como parte de la “religión civil” en torno a Bolívar que habrían compartido, con distintos medios y fines, personajes tan diversos como Fidel Castro o Francisco Franco, las irreductibles diferencias entre unas y otras imágenes expresan el conflicto por la representación de Bolívar. Por no haber datos exactos ni fotografías de Bolívar, indica Subercaseaux, “jamás se podrá llegar al personaje real” (11). Distinto parece ser para el autor lo que sucede con los textos de Bolívar, los que Subercaseaux aborda con la finalidad de establecer un *referente* a partir del cual desarmar y deconstruir¹, según el deseo que confiesa, a Bolívar como *significante*.

Si bien el autor no tematiza tan crucial palabra, su utilización deja entrever que las distintas inscripciones del nombre de Bolívar sintomatizan distintos deseos de llenar un orden político que jamás se satura del todo, lo que abre la opción de inventar y disputar a Bolívar. En las últimas páginas del libro, en efecto, Subercaseaux describe la existencia de variadas novelas, testimonios, ensayos y obras de teatro que, desde las primeras acciones de Bolívar, presentan figuras divergentes, si es que no contradictorias, de su persona y gesta.

¹ Evidentemente, habría que ponderar con mayor detención qué se entiende en este texto, cuyo trabajo parece lejos de la pausa deconstructiva, por deconstrucción. Subercaseaux, por cierto, no lo explicita, pero resulta problemático suponer, por ejemplo, que una lectura deconstructiva es la que contrasta lo representado con el referente.

Antes que defender de manera tajante una u otra lectura contradictoria de Bolívar, Subercaseaux parece buscar las contradicciones que pueden rastrearse en la obra bolivariana. De acuerdo con lo que muestra, ya en su vida se halla la división de su nombre como signo, puesto que en su vida Bolívar es más de uno. Según argumenta, pasa por tres etapas, cuya distinción organiza el relato de Subercaseaux: el *yo mantuano*, el *yo militar* y el *yo o sujeto moderno*. Esos tres momentos de la vida de Bolívar, indica Subercaseaux, no han de leerse como tiempos separados, sino como una textualidad en la que se entremezclan y reconfiguran acciones y pulsiones.

Así, mientras el primer “yo bolivariano” sería el que se forma en una familia aristocrática bajo la tutela de Andrés Bello y Simón Rodríguez y luego reside en Francia y otros países europeos en los que renuncia de manera parcial a sus intereses aristocráticos tras la muerte de su esposa, el “yo militar” es quien escribe múltiples cartas y recorre más de doscientos mil kilómetros en combate asumiendo la violencia como un medio y el “yo moderno” es el capaz de imprimir a esas batallas los fines republicanos, que buscan constituir un orden político basado en leyes. Lector de Homero, Montesquieu y Constant, de acuerdo con lo que documenta Subercaseaux a partir de distintos textos y de variadas lecturas de su obra, Bolívar aspira al correlato social y político de la posibilidad, eminentemente moderna, de un decirse “yo” que permita la autodeterminación, acaso aspirando a que ese aristócrata moderno que fue pase a ser un individuo que pueda ser un “yo”.

Contra una lectura lineal entre uno y otro momento, Subercaseaux se detiene en las tensiones que aparecen en la utopía modernizadora de Bolívar, mostrando cómo en la figura más destacada en la fundación del orden político moderno en Latinoamérica conviven elementos que en la lógica europea de la Modernidad podrían considerarse contradictorios. En particular, en lo que refiere a la combinación entre medios autoritarios y fines democráticos. Frente a quien leyese teleológicamente esas tensiones como síntomas de un orden aún no moderno, el análisis de Subercaseaux da a entender que los singulares procesos de modernización en Latinoamérica expresan esas tensiones, no sin la inventiva que sobrepasa los esquemas metropolitanos de la modernización.

En ese sentido, el de Bolívar no solo sería un pensamiento situado por preocuparse por lo circundante, sino particularmente porque expresa las tensiones que lo circundan. El novedoso deseo que relata Subercaseaux de constituir un “nosotros” en la “Carta de Jamaica” muestra la dificultad de delimitar ese pequeño género humano que no se resiste a ordenarse en algún esquema político predeterminado. De ahí la presencia de un “historicismo negativo” (54) en su pensamiento. En el texto recién mencionado, en efecto, el propio Bolívar sincera las dificultades históricas de realización del orden moderno en el continente, tales como los caudillismos, el peso eclesiástico, la carencia generalizada de educación o la ausencia de virtud cívica. Estas distintas herencias del orden colonial impiden un rápido despliegue exitoso de un orden moderno, lo que obliga a Bolívar a asumir que puede ser prudente un

gobierno no del todo moderno para alcanzar la estabilidad que permita un futuro de orden moderno. De este modo, el autor describe el paulatino desencanto de Bolívar ante la imposibilidad de alcanzar un orden duradero en el continente, al punto que Bolívar termina cuestionando la gobernabilidad misma del continente y apostando por un gobierno cada vez más parecido a una monarquía constitucional.

Parte de estas tensiones pueden leerse, acaso de modo alegórico, en la biografía de Bolívar. Desde sus primeras escenas, el “yo mantuano” se instala en el mundo moderno desde una posición hartamente singular. A saber, siendo amamantado por la conocida esclava negra Hipólita, a quien Bolívar describe, según cita Subercaseaux, como su único padre (19). En términos de raza y género, el linaje del libertador se desmarca de cualquier transmisión simple, al punto que el propio Subercaseaux escribe que Bolívar siempre había sido un racionalista “a pesar de haber sido amamantado cuando niño por la esclava Hipólita” (65). Si bien resulta plausible una peligrosa lectura esencialista de esa afirmación, preferimos suponer que refiere a que el racionalismo de Bolívar se erige denegando sujetos y experiencias que el racionalismo europeo deniega, pese a que –o acaso precisamente porque– está mucho más cerca de esos sujetos y experiencias que los textos europeos de los que también se nutre.

Es de interés, en esa línea, recordar que Segato remarca la forclusión de la mujer negra que amamanta como un elemento constituyente de la subjetividad en Brasil. Quizá en el caso de Bolívar debiéramos también pensar cómo la denegación del orden simbólico hacendal resulta necesaria para establecer la nueva ley del padre de la república masculina en medio del orden hacendal. Es decir, cómo el sujeto que emerge en el orden hacendal ha de dividirse para abrir la posibilidad de una política no monárquica en el continente, al punto de fantasear con haber sido amamantado por un padre.

De esta manera, para elaborar un sueño racionalista quizá Bolívar radicaliza la promesa moderna allí donde hay poca experiencia que pueda confirmarla, lo que puede explicar el carácter fantástico que adquiere a ratos el sueño de la modernidad en Latinoamérica, como en el fascinante texto de Bolívar en el Chimborazo, en cuya veracidad Subercaseaux confía. Tales excesos parecieran prolongarse en las fantasías del presente venezolano con respecto al mismo Bolívar, como en la analogía realizada por Chávez entre Bolívar y Jesús (63) o en la curiosa confesión de Maduro de haberse comunicado con Chávez a través de un pequeño pájaro (65). Las relaciones del chavismo con la santería, que el texto insinúa sin profundizar, pueden ser significativas para pensar las nuevas articulaciones de un imaginario no moderno por parte de instituciones estatales.

En ese sentido, el que las tentativas contemporáneas que se asumen como bolivarianas recaigan en la contradicción entre inclusión económica y verticalidad política puede ser sintomático de algunas tensiones sociales y políticas que, dos siglos después, se reconfiguran sin haber sido del todo resueltas. Y así como Subercaseaux

se preocupa de distinguir a Bolívar de Diego Portales o Porfirio Díaz, para quienes tanto medios como fines habrían sido autoritarios, resultaría quizá hoy imprescindible distinguir unos y otros modos de autoritarismo en la región para pensar los procesos que buscan conducir de modo harto singular la inclusión de las masas populares mediante formas no neoliberales de economía.

No es solo en ello, sin embargo, que Subercaseaux ve cierta continuidad con el proceso encabezado por Bolívar. También afirma la existencia de cierta reiteración en lo relativo al intento por construir la unidad latinoamericana y en la defensa de la soberanía nacional (59 y ss.), a la vez que señala que el proceso actual difiere de la gesta de Bolívar en el intento por empoderar a grupos sociales y étnicos que Bolívar, en su temor a la “pardocracia” observaba con mayor recelo. Sin embargo, para Subercaseaux los hechos parecen desmentir esa promesa de inclusión, acaso ratificando la distancia entre la promesa y la realidad histórica que, de Bolívar en adelante, constituye los distintos procesos de modernización en el continente.

Uno de los textos firmados por Bolívar, la ya mencionada “Carta de Jamaica”, es reimpresa al final del libro, dando así al lector la posibilidad de leer tan decisivo documento. Se trata, por cierto, de un gesto destacable en un país en que el triste desconocimiento de las discusiones latinoamericanas pasa también por la escasa lectura de textos canónicos como el de Bolívar. En esa línea, el libro intenta dar a leer a Bolívar a partir de las ideas que de modo escueto hemos presentado, mostrando su importancia para comprender la coyuntura política del continente. Como en la mayoría de sus escritos, el trabajo de Subercaseaux abre un mapa general de los textos y figuras que recorre, dejando a sus lectores la tarea de encarar lecturas más detalladas de una variopinta bibliografía.

En suma, este libro abre preguntas cruciales para pensar, en y más allá de Bolívar, los quiasmos de un orden político en disputa, históricamente sobredeterminado por cuestiones de clase, raza y género. Si bien no recorre conceptualmente algunas de las alternativas necesarias para aclarar tan urgentes cuestiones, muestra una historia de las ideas necesaria para pensar el presente y el futuro de los debates en torno a Bolívar y el bolivarismo. Un mérito no menor que abre la importancia de su lectura.

ALEJANDRO FIELBAUM

Universidad Adolfo Ibáñez/Universidad de Valparaíso

afelbaums@gmail.com